

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Estampas cristianas	<i>A. Manzano Gariás.</i>
¿Canción ilusa?.....	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Apunte para un retrato del alma del extremeño (II y último).....	<i>Pedro Caba.</i>
Al Santísimo Cristo del Amparo.....	<i>Gregorio Gállego Cepeda.</i>
Sin ninguna importancia.....	<i>Mariano E. Cardenal.</i>
Ideario Extremeño	<i>José de Espronceda.</i>
«Cuatro momentos».....	<i>José María Gil.</i>
Evocación viva de «Azorín»: Sensibilidad.....	<i>Antonio Sánchez Paredes.</i>
El Señor del Gran Poder (Leyenda).....	<i>Manuel Monterrey.</i>
Tiempo de saetas	<i>Julio Cienfuegos Linares.</i>
Tres facetas líricas:	
A Fernando Tudela	<i>M. Gutiérrez de la Fuente.</i>
El rayo de luna	<i>Ventura Leonardo.</i>
Flor y abeja.....	<i>Etimundo Costillo y Marín.</i>
«Madrugada de Viernes Santo en Sevilla».....	<i>Manola Pérez de Pérez de Villar.</i>
Avisos	<i>«Prudens».</i>
Poemas evangélicos: La Tentación.....	<i>«Lucerín».</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un Aprendiz de Hablista.</i>
Perfil sevillano: «Lágrimas...».....	<i>Antonio Pino Vázquez.</i>
Plegaria	<i>Eugenio Payo.</i>
Mirador: Crónica.....	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros	<i>Pedro Romero Mendoza y J. D.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas	<i>C. R.</i>
Bibliografía.....	<i>P. R. M.</i>
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle</i> <i>y fotos de Javier y Herreros.</i>
Ilustraciones	<i>Emilio Macías.</i>

ALCANTARA

AÑO VII

28 FEBRERO 1951

NÚM. 40

ESTAMPAS CRISTIANAS⁽¹⁾

I

UNA NOCHE EN EL LAGO

AL COMPÁS DE LOS REMOS

T RASPUSO el sol las suaves colinas de Magdala, rebasó los lejanos confines, y sobre las tranquilas aguas del Genezaret, que el sol de la tarde vistió de encendida púrpura, los luceros de la noche han puesto un reflejo de bruñida plata.

Se diluye, diríase que se aspira la calma de la noche, que rima con la de las aguas tersas, sosegadas, y dejan en el alma una sutil fragancia de poesía y de ensueño.

Sobre la faz del lago va deslizándose la barquilla de Simón el pescador, llevando a bordo a Jesús, que desea arribar a la otra ribera.

Día ha sido éste de intenso trabajo apostólico. Jesús ha escogido esta hora propicia de la noche para el descanso tras la dura jornada. Apoyada la cabeza en una almohada de remero que los discípulos solícitamente acomodaran, mecido al ritmo acompasado de los remos, se acaba de entregar al blando sueño.

Mientras tanto los discípulos velan...

Contemplan con gozosa ternura la divina faz, en la que los rayos estelares ponen una reverberación de nácar.

Al mismo tiempo, con voz recatada van comentando casi al oído las incidencias del día, no sin evocar a ratos las jornadas más gloriosas tras el Maestro querido por las sendas familiares de Galilea, por los poblados de Judea, incluso por las ásperas rutas de Samaria la gentil.

Ningún otro ruido, fuera del leve bisbiseo de la conversación, interrumpe el silencio nocturno y la calma del mar, por el que la barca sigue avanzando con deslizamiento suave, ingravido...

Bajo el ancho firmamento, cuajado de luceros, sobre la tersura del agua, entre el soplo débil y suspirante de la brisa, los «Doce» creen escuchar el latido amoroso del corazón de su Maestro que late rítmico en medio del plácido sueño...

(1) Del libro en preparación, de este mismo título.

GRITOS DE ESPANTO

Rápidamente, en contados minutos, el cielo se cubre de nubes y rachas de viento sacuden la barca.

Los discípulos llegan pronto al sobresalto.

Antes que discípulos han sido pescadores en este mar traicionero de Genezaret: saben por eso de la perfidia de este viento súbito, de la borrasca inesperada de estas aguas habitualmente tranquilas, como dormidas.

Han conocido en su vida de pescadores las terribles tempestades del Lago, que dejaron estelas de dramáticos naufragios, de hundimientos de barcas y pérdidas de vidas, y saben que casi siempre comenzaron así..

Primeramente un viento precursor, repentino, que soplando de las crestas del Hermón, se precipita en tromba por los desfiladeros cercanos.

Luego, en pocos minutos, al desembocar en la parte septentrional del Tiberiades, el viento es ya huracán declarado que bate furiosamente las aguas y las encrespa haciéndolas girar en confusos remolinos que sorben hombres y barcas.

El sobresalto de los «Doce» pasa a ser angustia y zozobra al sentir que las rachas del viento arrecian en ímpetu, que las olas furiosas, grandes como montañas, se sacuden sin cesar, llevan y traen a la débil embarcación, mientras la noche se cuaja de negrura.

La zozobra se acaba de hacer terror y espanto...

Acaban de percatarse de que la frágil barca comienza a hacer agua, al tiempo que una ola gigantesca se le echa encima, la sacude, la hace girar con rabiosa furia; la abate hasta lo profundo para a continuación empinarla y hacerla cabalgar sobre los lomos formidables, coronados de oleaje, cubiertos de espuma...

Ansiosamente miran al Maestro, e interrumpiendo su sueño, gritan despavoridos, todos a la vez:

—¡Rabí..., Rabí..., que nos hundimos!

—¡Señor..., sálvanos, que perecemos!

VIENTOS Y MAR OBEDECEN

Jesús ha despertado: se incorpora sobre la barca, tranquilo el semblante ante la doble borrasca, la del mar y la de los corazones. Estos le preocupan más, y a eso acude en primer término.

Como un relámpago, mezcla de severidad y de ternura, sobre la faz desencajada de los discípulos cae de lleno el fulgor de estas palabras:

—¿Por qué estáis empavorecidos y desesperáis...? ¿Dónde está vuestra fe...? ¿Sucumbís al terror estando Yo entre vosotros...?

Como si dijera: «Después de haber visto tantas veces cómo a mi mandato las enfermedades huyen, los demonios tiemblan y la muerte misma devuelve sus presas ¿teméis perecer estando Yo aquí con vosotros...?»

Inmediatamente se vuelve cara al viento y al mar...

Hay en su frente un gran resplandor, en su voz una vibración omnipotente: extiende sus manos e impera con inequívoco gesto al huracán con estas palabras, que resuenan claras y distintas entre el bramamar del oleaje:

—¡Calla..., enmudece!—dice.

Vientos y mar, como inmovilizados por un freno invisible, como atenazados por una fuerza avasallante, se sosiegan de pronto...

El huracán se ha convertido ahora en una brisa suave, acariciante, que besa la frente del Maestro divino...

Las olas, perdido todo el furor, son ahora apacibles ondas sobre las que se desliza la barca, gozosa y triunfadora.

Nuevamente las estrellas, tachonando el firmamento, vierten sobre el lago su luz de plata.

El estupor ha hecho enmudecer también a los discípulos.

La navicilla prosigue la marcha placentera hacia la ribera oriental, teñida ya de ese claror indeciso y tenue que es anuncio de la aurora.

Bien pronto el estupor inarticulado se hace aclamación delirante en las ingenuas almas de los pescadores galileos. ¿Quién es éste — se preguntan— que manda a los vientos y al mar, y los vientos y el mar le obedecen...?

No atinan la respuesta clara y rotunda.

Esa respuesta (la de la divinidad de su Maestro) va despaciosa, confusamente abriendo cauce a través de su mente, va calando y recalando sus almas como un agua subterránea que fluye de la entraña de la roca y no acierta con la veta por donde ha de salir al beso de la luz...

Será más tarde, en las cercanías de Cesárea de Filipo, cuando Simón de Barjona (que desde entonces cambiará su nombre por el de Kefas), rompiendo el silencio de todos, plasme la idea radiante en estas palabras que, desde entonces, iluminan como una antorcha todos los siglos, y son a la vez como una columna clavada en la cumbre más alta del Espacio y del Tiempo: «TU ERES CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO.»

II

EN CAFARNAUN Y SUS INMEDIACIONES

EL BLANCO SENDERO

Un sendero lleno de sol, en la placidez de la tarde.

Por él la hueste evangélica, que atravesó el lago cuando el sol estaba alto en el horizonte, se dirige a Cafarnaún, cuyos terrados y azoteas diríase que se alcanzan con la mano.

Abre la marcha Jesús, entre Juan y Simón; sigue en apretado grupo el resto de los discípulos.

El último, zagüero, hurañero, el de *Kerioth*, de silueta ambigua, de cabellos como la llama, de labios abiertos siempre en rictus amargo,

de frente aborascada y ojos de un brillo mate, como de rescoldo de brasas.

Cundió la nueva de que Jesús pasa, y de las granjas vecinas, de las chozas de pescadores, de los arrabales de la ciudad confluye una abigarrada muchedumbre, en la que predominan los llagados, los flagelados por el azote terrible de las milenarias enfermedades orientales.

Jesús se detiene.

A la vista de los infortunados siente manarle del corazón la fuente siempre abierta de la piedad y de la compasión.

En torno suyo levántase un rumor confuso de aclamaciones y de gritos plañideros. Las mujeres le muestran las rubias cabecitas de sus niños abrasadas por la fiebre...

Varios ciegos, conducidos por sus familiares, vuelven hacia El los ojos sin luz, gritando con resonante acento: ¡Señor, apiádate de nosotros!

Sobre las frentes abrasadas, sobre los ojos en tinieblas, sobre los cuerpos tarados, la mirada de Jesús cae como un bálsamo bendito, y los espíritus del mal huyen despavoridos.

Huye el espíritu del *Fuego*, engendrador de la calentura; el del *Silencio*, que encadena las lenguas y apaga los sonidos en el oído; el de la *Parálisis*, que traba los miembros y los inmoviliza; el más inhumano de todos, el de la *Posesión diabólica*, que convulsiona los cuerpos, desmelenas las conciencias y sume la mente en un pozo de sombras...

De pronto, un enfermo astroso, que no había osado acercarse, que está apartado del sendero y de la multitud en cumplimiento de la terrible ley judaica, un leproso en el último grado de la lepra, irrumpe macabramente por entre la multitud que se repliega rehuendo su contacto.

Es un cadáver viviente: sus carnes están corroidas, hinchada, purulenta la faz, en la que la nariz es un cartílagos informe y los ojos dos llagas vivas.

Al llegar a Jesús, se postra totalmente, hasta hundir la frente en el polvo del camino y grita con el ronco planto de su garganta carcomida.

—¡Señor, si Tú quieres, puedes curarme...!

Con un ademán suave, como una caricia, Jesús extiende su mano divina, toca la cabeza del enfermo y musita con acento que le brota del fondo del corazón:

—¡Quiero!

El enfermo se incorpora y ¡oh maravilla! su frente es ahora resplandeciente, bruñida y tersa; de todo su cuerpo ha desaparecido toda huella de la terrible enfermedad.

La muchedumbre, que ha presenciado el prodigio, se apelotona otra vez y prorrumpen en cálido *hosanna*, al tiempo que el sol de oriente vierte su luz más pura sobre la campiña florecida por el milagro.

Un perfume de brisa y de jardín diríase que se expande por el sendero...

Pero se rompe de improviso el encanto...

Es que a todo el galopar de sus caballos se acerca la centuria de legionarios, que se dirige a Cafarnaún y empenacha de polvo todo el campo y todo el sendero.

¡PASO AL CENTURIÓN!

La frase, de recio e inconfundible timbre marcial, salida de la garganta de uno de los legionarios, el que va en cabeza, cae sobre la muchedumbre apiñada en todo el ancho del camino y la atraviesa como una flecha.

La multitud, que sabe del categórico imperativo militar de los soldados de Roma, se alza súbita y se repliega rápida a ambos lados, al mismo tiempo que salmodia medrosa, en tono de disculpa, y con un ciego afán de lisonja al poderío romano:

—¡Es que está con nosotros el Rabí Jesús, el que cura nuestros males y nos manda dar al César lo que es del César!

Los legionarios refrenan la marcha y miran con curiosidad.

Puesto en pié sobre los estribos, el Jefe de la Centuria, un romano de faz curtida y casco resplandeciente, mira por entre los grupos, como buscando a alguien, y al divisar a Jesús, que se alza nimbado de sol sobre un recodo, lo señala a los soldados y les dice:

—¡Aquél es; no se me despinta el Rabí Nazareno! Le conocí una tarde que le oí hablar en Cafarnaún. Y os aseguro por el gran Júpiter Olímpico, que sus palabras me parecieron como espadas de luz...

Dijo, y manda acelerar la marcha.

Reanudan los caballos el galope; sobre el suelo pedregoso levantan los cascos chispas centelleantes.

Vivo destello deja también el sol de la tarde en los yelmos de la tropa y en la punta acerada de las lanzas...

Por la campiña, hace unos momentos tan recogida y mística, pasa la gloria del Lacio, el prestigio cenital de Roma, el vuelo de las águilas imperiales.

Unos días después, en Cafarnaún, la ciudad levantada cara al mar de Galilea, sobre promontorio de rocas, la enriquecida por el tráfico de las caravanas y guarnecida por centuria de la legión.

El Jefe, el mismo que acabamos de conocer, pasea agitado por las soledosas estancias de la fortaleza donde se aloja con su tropa.

Su siervo predilecto, el leal siempre, el que le acompañara en cien combates y en alguno de ellos le librara de una muerte cierta, el que por esa fidelidad a toda prueba mereció ser admitido en la intimidad del hogar familiar, yace moribundo, devorado por la enfermedad incurable de nombre terrible, el *tétanos*, que agarrota los miembros y barrenas la carne.

Sólo esta esperanza alienta ya en el alma del Centurión: la de saber, se lo acaban de anunciar, que Rabí Jesús acaba de llegar a la ciudad, desde las orillas del Tiberiades.

Y piensa «¡Si el Rabí quisiera!...»

El Centurión tiene un alma luminosa y buena.

El fué quien mandó construir a sus expensas la más bella sinagoga de la ciudad; este rasgo le captó la gratitud y las simpatías de los judíos.

Es por eso por lo que los *Bathlanín* o Asamblea de Ancianos han llegado a la fortaleza para ofrecerle en la hora desventurada sus consuelos y su influencia de judíos prestigiosos.

— Hemos hablado—le dicen—con el Rabí Jesús, le hemos pedido que venga a curar a tu siervo más querido, y nos ha prometido venir; ten pues buen ánimo y confianza.

El anuncio judío escandaliza al guerrero.

— ¡Cómo!—les increpa—. ¿Habéis sido capaces de sugerir al Rabí que venga a la casa de un pagano? ¿Ni qué necesidad tiene El de venir para obrar, si quiere, el prodigio?...

— ¡Pero es que tampoco yo me considero digno de cobijarlo bajo mi rudo techo de soldado!...

— Seré yo quien salga a su encuentro: me postraré ante El, le rogaré, le suplicaré...

Y envolviéndose en la clámide, sale de la fortaleza seguido de dos legionarios, justamente a la hora en que el sol, próximo a hundirse en la lejanía del mar, comienza a teñir las calles y las plazas de encendidos matices.

LLAMA DE FE: PENA EN EL GOZO

Cerca de la casa de Simón, en el barrio de los pescadores, junto a la gran fuente donde éstos suelen lavar sus redes, encuentra el Centurión a Jesús, que—seguido de un grupo amigo, entre el que destacan las piadosas mujeres que le vienen siguiendo en las sendas apostólicas—se dirige a la fortaleza.

Postrado ante El, con voz conmovida, en la que vibra una gran fe y una humildad profunda, exclama:

— ¡Señor, salva a mi siervo, que se muere sin remedio!...

Los ojos de Jesús se posan sobre el guerrero, mientras sus labios se abren para decirle con quedo y blando acento:

— Voy allá a curarle...

— ¡Señor,—responde el soldado de Roma—yo no merezco la honra de que entres en mi casa, que es la casa de un pagano; ni tampoco Tú precisas ir allá!

— Mira,—añade señalando con el ademán a los dos soldados que le acompañan y que se han mantenido a respetuosa distancia—yo, que no soy más que un jefe subalterno, ordeno a cualquiera de éstos: «Ve a tal parte», y va en seguida; «Sígueme», y me sigue al instante; «Haz esto», y lo hace sin rechistar. Pues con mayor razón basta que Tú digas desde aquí a la enfermedad que atormenta a mi siervo: «Retírate», y la cruel enfermedad saldrá y dejará de atormentarlo...

Y concluye:

— Porque yo sé que las fuerzas todas de la naturaleza, vientos,



Burgo
Gopdevielle
51

GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCANTARA»

D. Manuel García Tomé

mar, la muerte misma, son para Ti como soldados que reciben la orden de su Jefe...

Los ojos de Jesús, ante la magnífica confesión se encienden en llama de júbilo; su voz adquiere un timbre conmovido:

—En verdad,—dice mirando al grupo—en todo Israel encontré jamás una fe tan grande...

Y luego, dirigiéndose de nuevo al Centurión:

—Vuelve, amigo,—le dice—sucédate tal como has creído.

Prendida en los últimos oros de la tarde, llega a la multitud que aun rodea a Jesús, la noticia del milagro.

La pregonan los familiares del Centurión; certifican que la repentina curación sobrevino en el momento mismo que Jesús dijera: «Sucédate tal como has creído».

La multitud prorrumpe en *hosannas* y bendiciones.

—Es el Cristo—modula la voz acompañada de María Cleofás—; hasta el romano, tan poderoso, le pide favores.

La faz de Jesús se entolda, como tocada por la sombra vaga de un presentimiento...; sus palabras, antes gozosas, se tiñen de melancolía.

—«¡En verdad os digo,—exclama—que han de venir muchos de Oriente y Occidente a sentarse con Abraám, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos!».

Y concluye:

—«¡Pero los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores!».

La voz dulce, que ha ido adelgazándose hasta quebrarse, queda flotando en el temblor del atardecer; por un boquete que el barrio de los pescadores tiene abierto al campo, la mirada de Jesús se hunde en la lejanía, allá donde las aguas del Tiberiades brillan con opalinos reflejos.

Dos golondrinas, que van de recogida al nido, abaten su vuelo y al pasar diríase que tocan y besan levemente con sus alas la frente del Nazareno...

En la mano divina, tendida hacia la tarde, queda el último rayo del sol poniente...

En sus ojos, todo el azul del cielo...

III

ESTAMPAS DE LA PASION

EL DIVINO FULGOR

Atardecer.

En el mes sagrado de Nisán.

La estancia, aparejada para Cenáculo, tiene amplio ventanal por el que trasciende el olor apacible de la campiña: olor de tierra labrada, de plantío y maizales, fragancia de granados y de almendros en flor.

Entrañal vibra en esta hora la voz del Rabí.
(Súbitamente una mariposa de alas sombrías revolotea por la estancia).

La voz diríase rota al modular estas palabras:

«Hé aquí que la mano del que me va a entregar está conmigo, en mi misma mesa»...

Ante la tremenda revelación, los discípulos se remueven en los asientos, se miran empavorecidos.

Uno solo, el de *Kerioth*, se atreve a musitar casi al oído: —«¿Soy acaso yo, Maestro?

Y al pronunciar la frase le tiemblan los labios, le tiemblan las manos; a través de las abultadas sienes se le adivina la recia pulsación de la sangre.

Anochece...

Luz pálida de candelabros en el Cenáculo.

Sobre la mesa resplandecen, cándidos y puros, dos panes ácimos. En la copa brilla purpúreo el vino generoso de los lagares de Egaddi.

El Rabí, antes de partir el pan, antes de alzar la copa, mira a los discípulos y una infinita ternura le sube del corazón a los ojos...

Sabe que la muerte le acecha al otro lado del Cedrón, que muy pronto, cuestión de horas, aquellos mismos que El mismo eligiera como suyos, van a quedar huérfanos de su presencia, sin el aliento de su mirada, sin el pan de su palabra...

Y piensa: No los abandonaré...; permaneceré siempre con ellos...

Va devanando el misterioso pensamiento.

De pronto, su faz se ilumina...

Una como fulguración de divinidad brilla en sus ojos, más intensa aun que la que un día irradiara ante la tumba de Lázaro o ante el mar embravecido del Tiberiades.

Silenciosamente toma de la mesa uno de los panes, lo bendice...

Concentra en los labios toda la energía creadora con la que poblara de mundos el inmenso espacio, toda la eficacia infinita de su insondable omnipotencia, y pronuncia estas palabras al mismo tiempo que va devorando con ellas toda la substancia del pan, para dejar sólo, bajo los puros accidentes, su misma substancia divina, su cuerpo, su sangre, su palpitante corazón: «*Tomad y comed; ESTE ES MI CUERPO.*»

Y añade al final:

—«Haced esto en memoria mía.»

EL GRUPO AMANTE

Mengua el vocerío del Calvario y un tinte de sombra va ganando la cima.

No es el declive suave y rosáceo del atardecer.

Es un extraño amortiguamiento de la luz, impropio de la hora, como si nubes espesas entoldaran el sol que está todavía alto en el horizonte.

Es algo así como la temerosa penumbra que se va adueñando de la tierra cuando comienza a entrar en la zona del eclipse.

El grupo amante, leal hasta el fin, que ha venido siguiendo en todos los momentos al Salvador, aprovecha esta oscuridad y la relativa soledad en que va quedando la cumbre santa para acercarse primero y apiñarse luego en torno a la cruz...

Allí, en primer lugar, María, la Madre del divino ajusticiado.

Fué la primera en el gozo idílico de Belén, cuando los ángeles del cielo volaron con su gran batir de alas luminosas por la campiña tocando sus arpas de oro, anunciadoras de la paz...

La primera también en el Calvario, cuando los ángeles tenebrosos del Averno vuelan por la cumbre y aullan como lobos...

Allí otra María, la de Magdala, de ojos mociles, de cabellera blonda y suave, con la que enjugara una tarde los pies divinos que ella regara con lágrimas de amor y de contrición...

Allí, María Salomé, madre de Santiago y Juan, la ambiciosa ingenua que pidiera para sus hijos que, el uno se sentara a la derecha y el otro a la izquierda del Rey Jesús, en el nuevo Reino...

Allí otra María, la de Cleofás, de cuerpo grácil, de faz cetrina, contrastando con la espesura de los cabellos de una negrura de ébano... (Ha llegado la última y ha caído de hinojos bajo un travesaño de la cruz; una gota de sangre deshilachada de la mano clavada del Señor, le ha caído en la nuca y le resbala por la espalda.)

Allí, finalmente, el Discípulo amado, el fiel hasta la muerte, que la tarde anterior, al postrero resplandor del crepúsculo, lograra escuchar el amoroso latido del corazón del Maestro...

María de Magdala, cuya mirada está sumida en el divino rostro, se vuelve a Juan y le dice con voz angustiada, al oído:

—El Señor te mira insistentemente y mira a su madre...; parece como si quisiera hablaros...

No se ha engañado el apasionado corazón de la antigua pecadora.

Los labios del Señor acaban de abrirse entre los primeros estertores de la agonía, para decir a su madre desolada, señalándole a Juan:

—«Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

A continuación, dice a Juan:

—«Ahí tienes a tu madre.»

De todas las rosas del Calvario, esa es la más blanca, la más tierna de rocío y más saturada de fragancia.

Desde ese momento precioso, María, la Madre de Jesús, también los muestra.

A LAS TRES DE LA TARDE

Vacío está ya el Calvario.

La muchedumbre, que antes lo llenara, empavorecida por el eclipse, ha bajado apresurada por las laderas del monte.

Sólo han quedado dos pequeños grupos.

Uno, el de corazones amantes que siguen cada vez más apiñados junto a la cruz.

Otro, el de los soldados de la custodia, que han cesado de bro-

mear y esperan el momento del *crucifragium*, de romper a golpes de maza las piernas de los condenados para acortarles el tormento, al acelerarles la muerte.

Se mastica la tiniebla y se mastica el silencio que pesa como losa invisible sobre la cumbre.

Hasta los ángeles que hablaron en Belén han enmudecido todos en esta hora...

El alentar del sagrado pecho se ha hecho intermitente, quedo...

La faz se ha adelgazado más aún, sumida en una lividez mortal, vidriosa la mirada...

Pero conserva la cabeza erguida en la cruz: Ya dijo un día que no la abatiría hasta el momento por El elegido.

Este momento ha llegado...

Con voz llena, potente, como de quien es el Señor de la vida y de la muerte, sale de su garganta este clamor que rompe el velo espeso de la tiniebla:

—«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Es la postrera rosa del Calvario.

Al escuchar el grito, María, la madre, se alza rígida, tiende los brazos ansiosamente hacia la cruz...

Juan se alza también, se empuja para ver mejor, Pudo así percibir claramente (él nos lo dirá mejor en su Evangelio) cómo la cabeza divina, enhiesta hasta entonces, se abate, cae inerte sobre el pecho, en el momento preciso que llega suspirante a la cumbre un débil soplo de viento, un murmurio de agua que se desliza por las hondonadas del valle cercano y un balar tierno de corderos en el aprisco...

Después estos blandos rumores quedan apagados, extintos...

Tiembla la tierra, estremecida en sus cimientos milenarios; saltan, partidos, los duros peñascos; algunos muertos salen de sus sepulcros; el velo del templo, que ocultaba el *Sancta Sanctorum*, rás-gase por mitad, con rechinar siniestro; el verdadero *Sancta Sanctorum*, el Cielo, antes hermético para los hombres todos, abre para todos sus puertas eternas...

A TRAVÉS DE LA NOCHE...

En las inmediaciones del Calvario, en un huerto de naranjos floridos, José de Arimathea posee un sepulcro que hizo cavar en la Peña viva y donde ningún cadáver ha sido aún depositado.

A la hora en que la brisa nocturna modula en los follajes y el canto del ruiseñor, oculto en las enramadas, es regalada música al oído, las manos fieles y amigas transportan el sagrado cuerpo, lo depositan en este sepulcro, lo cubren a continuación con una losa de piedra...

La Virgen es arrancada de allí por las súplicas de las otras Marías y del Discípulo Amado...

El grupo amante emprende el regreso a Jerusalén, a través de la noche umbría...

A. MANZANO GARIAS

¿CANCION ILUSA?

A Josefa Marcos Breña.

I

El agua corre,
el tiempo pasa,
se apaga la lumbre,
la vida se acaba.

Y el olvido va borrando
la ofrenda de la esperanza.

Todo viene y se va,
todo se muda y cambia.

(Al menos la realidad
así lo ve y lo proclama).

II

El agua corre,
el tiempo pasa.

Y estrenan antiguos cauces
las venidas de otras aguas,
y otras épocas ofrecen
de nuevo risas y lágrimas.

Se apaga la lumbre,
la vida se acaba.

Y producen más cenizas
los ardores de otras llamas,
y caen existencias viejas
ante las nuevas que avanzan.

Todo viene y se va,
todo se muda y cambia.

¿Todo?

¡En mi corazón por siempre,
tu espina de amor clavada!

(Así vive la ilusión,
con el aliento del alma)

III

Cuando yo deje de ser,
cuando me transforme en nada
y la sombra de mi sombra
no sirva ni de fantasma,
cuando ni siquiera viva
en el recuerdo de un alma
y no quede de mi nombre
ni el eco de la palabra,
y sea, sin cruz, mi tumba
un campo más de labranza,
allí, ya tierra, estará
mi carne en tierra mezclada,
y allí, convertida en polvo,
tu espina de amor exacta.
Sí, tu espina, que eterniza
la herida de mi esperanza.

(Así canta la ilusión
porque así lo sueña el alma...)

FERNANDO BRAVO Y BRAVO